

pájaros. Habiendo perdido sus alas, en castigo de haber desafiado á las Musas, se retiraron á unas isletas, vecinas á la costa de Campania, que de resultas fueron llamadas *Sirenussæ*, y desde donde atraían con la dulzura de su voz á los pasajeros, á los cuales encantaban de manera, que olvidados de alimentarse, morían en éxtasis de deleite. No habrá seguramente quien no descubra en esta ingeniosa invencion una preciosa alegoría, destinada á preservar á los hombres de toda clase de seducciones, y particularmente de las del amor. La pereza tiene tambien las suyas, y de aqui el compararla á las *Sirenas*. Se dice que una de ellas llamada *Partenope*, dió en lo antiguo su nombre á la ciudad que hoy se llama *Nápoles*.

V. 16. *Damasippe*... Yo no sé si sería este el senador Julio Damasipo, de quien habla Ciceron en dos de sus cartas.

V. 17. *Donent tonsore*... Desear un barbero á un filósofo, en quien era un distintivo llevar la barba larga, es lo mismo que decirle: *lástima es que no te rapen; lástima que lleves esa insignia de filósofo*. Pero ¿merecía Damasipo tan truhanesca y dura respuesta, por haber dado los sabios consejos contenidos en los últimos cuatro versos de su discurso? No, si el carácter de la composicion toda no fuese festivo, y si el poeta no se propusiese envolver preceptos sublimes en sarcasmos graciosos, y reducir con ellos á Damasipo á la necesidad de probar que todos son locos. Como loco parece que trata á este el poeta, cuando contesta con una bufonada á un consejo muy sabio. ¿No era justo pues que el filósofo le hiciese ver que todos lo estaban igualmente, y aun el mismo burlon, que afectaba poner á Damasipo en esta clase? Los intérpretes no se detuvieron sobre este artificio, que es el nudo del diálogo, y muchos hicieron sobre este pasage observaciones, con que probaron que no lo habían entendido absolutamente.

V. 18. *Janum ad medium*... Llamábase así la plaza Romana ó mayor, porque en sus dos estremidades habia dos estatuas de Jano, ó segun otros, dos pórticos que tenían el nombre del mismo dios.

V. 19. *Fracta est*... Hermosa metáfora. *Se estrelló* significa literalmente.

V. 20. *Olim nam quærere*... El Damasipo de quien habla Ciceron era un chalan, que andaba siempre vendiendo y comprando, y echándola de inteligente en antiqüedades, sin embargo de entender poquísimo. En varias de sus *cartas familiares* dijo Ciceron á Fabio Galo y á Atico algunas cosas de Damasipo, que coinciden perfectamente con las que aqui pone Horacio en su boca.

Sisyphus ære... El caldero en que se lavaba *Sísifo* los pies, me recuerda el candil de Marco Antonio en *la Familia del anticuario*, de Goldoni. Por lo demas, el tal *Sísifo* de quien ya he dicho en otra parte, que vivia por los años de 1400 antes de Jesucristo, y que edificó la ciudad de Eñira, que despues se llamó Corinto, tuvo tal fama de astuto, que se decia proverbialmente, *mas ladino que Sísifo*.

V. 23. *Millia centum*... *Centum millia sestertiorum minorum*. De estos cada uno valia casi siete cuartos de nuestra moneda, y por consiguiente los 100,000 importaban unos 82,000 reales. Varios intérpretes han observado sobre este pasage la gracia del adjetivo *callidus*, que yo he creído espresar bien con el adjetivo *hosco*, empleándolo en el sentido de *envanecido*, *ufano*. El tal Damasipo era tan *sagaz* para sus compras y ventas, que se arruinó con ellas, y estuvo para echarse al rio.

V. 25. *Mercuriale*... A los hombres dedicados á las letras y al comercio se les llamaba *Mercuriales*, porque ambas profesiones estaban bajo la proteccion de Mercurio. *Cognomen Mercuriale* significa uno de los sobrenombres de Mercurio.

V. 28. *In cor*... Los intérpretes observan que los latinos decían alguna vez *cor*, y los griegos *Kardia*, para significar el estómago. En el verso ciento sesenta y uno se verá *cardiacus* en el mismo sentido.

V. 30. *Ut lethargicus hic*... Esto me recuerda el combate del médico y del enfermo en los *Lapitas* de Luciano.

V. 31. *Dum ne quid*... Esta respuesta es de un truhan

cachazudo y socarrón, que por reirse de todos se reía hasta de sí mismo.

V. 31 y 32. *Ne te frustrere...* No te consientas, no gallees.

V. 32. *Insans et tu, stultique prope omnes...* Obsérvese con qué destreza se ha venido á parar al tema ú objeto de la sátira, tema ú objeto que casi desconocieron los intérpretes de Horacio, por el solo hecho de mirar la proposición de que todos los hombres son locos, como una paradoja de la escuela del Pórtico. Pudo suceder que á fuerza de querer dar una latitud indefinida al axioma luminoso de Zenón, se le convirtiese en efecto en una paradoja; pero si con la atención que la importancia del objeto requiere, se van observando las extravagancias humanas, apenas se hallará un individuo que nó tenga una ó muchas de ellas. A la verdad entre estas hay varias en que no se repara, ó que son miradas con cierta indulgencia, en razón de ser más generales, ó de comprender á mayor número de individuos; pero ¿dejarán por eso en muchos casos de arguir una especie de demencia? Sea en buen hora limitada esta demencia á uno ó á pocos objetos; sea en buen hora más tranquila que la que comúnmente se reputa por tal; pero ¿dejará de ser cierto, por ejemplo, que hacer aspavientos ridículos y contorsiones violentas á la vista de un ratón, es una clase de locura? ¿que es otra negarse á emprender un viaje de utilidad ó de placer, porque se recela sin la menor apariencia de fundamento, que puede llover, ó volcar el coche, que pueden salir ladrones, ó sobrevenir en fin otros riesgos igualmente quiméricos? ¿que es otra ponerse en camino sin una gran necesidad, cuando son reales y efectivos los riesgos que acabo de enunciar como imaginarios? Y ¿quién es el individuo que no adolece de alguno de estos achaques morales, anejos á la humana condición? El mayor ó menor número de estos achaques, que se llaman faltas ó vicios, es el que forma un loco rematado, un semiloco, un tonto, un sugeto de razón, y hasta un hombre infinitamente apreciable,

Pues sin vicios ninguno al mundo viene,
Y aquel es el mejor que menos tiene,

como dijo nuestro poeta en otra parte. El que tiene los menos posibles es el que se llama *sábio*, en la acepción filosófica de esta palabra, y á este *sábio* era al único á quien la escuela de Zenón excluía de la categoría de los locos. ¿No es esto justo y exacto? ¿Cómo hombres por otra parte doctos se han atrevido á escarnecer este principio? Con él se generalizaría la tolerancia recíproca, que es el lazo que más estrechamente puede unir á los hombres.

V. 34. *Stertinius...* Nombre de un filósofo desconocido de la escuela de Crisipo.

V. 36. *Sapientem pascere barbam...* Damasipo se burla aquí también de una extravagancia, de una *locura* (por servirme de la expresión favorita de esta sátira) de los que se llamaban filósofos. Al principio se dejaron estos crecer la barba, ya porque reputasen afeminada la acción de cortarse frecuentemente una de las señales con que la naturaleza había querido demostrar la pujanza del sexo masculino, ya porque pensasen que los que se dedicaban á cultivar las facultades intelectuales debían cuidar poco del adorno del cuerpo; pero después se miró la barba larga como distintivo de un filósofo, y aun se dió á esta esterilidad de *sábio* una importancia, que solo se debía dispensar á la sabiduría misma. Y ¿no es una *locura* pensar que esta podía consistir en ir afeitado ó con barbas? ¿No tenía razón Horacio, al pasar revista á los caprichos, á las tonterías, y á las locuras de los hombres, en hacer mención de una de las de los filósofos, destinados por su profesión á dar ejemplos de sensatez y de cordura? El epíteto *sapientem* califica muy bien el sarcasmo.

V. 36. *Fabricio... ponte...* Yendo de Roma al Janículo, se entraba en la isla del Tiber por el puente Fabricio, y se salía por el puente Cestio.

V. 38. *Dexter... Bonus, faustus, propitius.*

V. 39. *Pudor te malus urget...* En las sátiras de

Horacio es donde se ve particularmente lo poco que los comentadores se aplicaron á desenvolver la parte filosófica de sus escritos. No hablo de los comentadores antiguos, los cuales jamás apuntaron ni una sola idea de esta especie; pero aun los modernos que alguna vez quisieron filosofar, lo hicieron de manera que todo quedó por hacer. « Para ridiculizar la filosofía estóica, dice Sanadon, copiando casi á Dacier, hace Horacio discurrir á Estertinio como un mal filósofo, pues en primer lugar, confunde la locura y el furor; en segundo, reprendiendo á Damasipo de que quiera ahogarse por haber hecho una locura, trata de probarle despues que está loco; en tercero, por la misma razon de estar loco, le permite que se tire al rio, y deja inferir que todos deberian hacer otro tanto; y en fin le consuela de su locura, mostrándole con ejemplos que esta es mas comun de lo que se cree; raciocinio que en moral es perniciosísimo. » El que se esplicaba asi mostraba no haber entendido absolutamente la sátira, sobre que hacia tan estrañas reflexiones. Un individuo que se halla arruinado, que cree haber perdido su reputacion, y que piensa que cuantos le conozcan le tendrán por un estravagante, resuelve ahogarse en el rio: un hombre machucho se llega á él, y le dice: « vas á tirarte al rio, porque temes que de resultas de haberte arruinado, te tengan todos por loco; pero te engañas, pues siéndolo cual mas, cual menos todos los hombres, no debes tú avergonzarte de ser lo que son los demas. Si fueses el único atacado de este mal, no me opondria á que consumases el disparate que proyectas, pues ciertamente un loco haria mal papel donde todos fuesen cuerdos; pero pues todos sois iguales, ¿ á qué tomar ninguna resolucion desesperada? » ¿ Qué hay aqui que no sea justo y oportuno? ¿ Dónde ni cómo confunde Estertinio el furor con la locura? Reprimiendo á Damasipo porque iba á cometer una que lo era grandísima, le retrae de ella, probándole que hallándose él en el mismo estado que los demas hombres, no tiene mas motivo que ellos para tomar una determinacion violenta, ó lo que es lo mismo, que no tiene ningun motivo verdadero, con lo

cual retrae igualmente á cualquiera otro, que por una razon idéntica ó análoga quisiera precipitarse al mismo esceso. En fin, en probar con ejemplos que la locura es entre los hombres mas comun de lo que se cree, no hace Estertinio mas que reproducir bajo otra forma un oráculo de la sabiduria celestial, segun el cual *stultorum infinitus est numerus*; pasage en que la palabra *stulti* tiene la misma acepcion que se le daba en la escuela de Crisipo. En el propio sentido se esplicaba despues Séneca cuando decia: *Isanire omnes stultos dicimus, nec tamen omnes curamus elleboro; his ipsis, quos vocamus insanos, suffragium et jurisdictionem committimus*. Estas reflexiones, que sin la necesidad que tengo de circunscribirlas á un corto espacio, podria estender mucho, prueban que seria facil añadir una nueva clase de locos á las que enumera Estertinio, á saber la de aquellos que sujetan los principios generales de una moral franca y desinteresada, á las aprehensiones de una escuela, ó lo que es lo mismo, á las pretensiones esclusivas de un partido ó de una profesion.

V. 41 y 42. *Hoc si erit in te solo...* Es soberanamente absurdo calificar de ridícula esta reflexion, y mirarla como una consecuencia de un falso principio. « Si quieres matarte, dice el poeta, porque te avergüenzas de que los hombres te tengan por vicioso ó por loco, yo te probaré, para que desistas de tu empeño, que se hallan todos ellos en el mismo caso: que por consiguiente no tienes de que avergonzarte, y que por último debes renunciar á tu propósito. » Esto es sensato, justo y moral, á pesar de Dacier y de Sanadon; y pluguiese á Dios que todos hubiesen siempre raciocinado tan bien como lo hace aqui Estertinio, de cuya doctrina pretenden el académico y el jesuita citados que intentaba burlarse Horacio.

V. 43. *Quæcumque...* Otros *Quemcumque*.

V. 44. *Insanum Chrysippi porticus...* Aqui está la definicion de los locos: aquellos, dice Estertinio, á quienes obcecian las pasiones, y que toman el error por la verdad, lo son en dictámen de Crisipo; y yo añadiré

que tambien en dictámen de cuantos hombres juiciosos y esperimentados hay en la tierra. Serán ciertamente mas ó menos locos, delirarán mas ó menos, segun que sea mayor ó menor el error y la obeccacion; pero jamás á semejantes errores ó estravíos dejará de darse el nombre de locura, por poco que se hagan reparables. Por lo demas Crisipo, nacido en Soles, ciudad de Cilicia, por los años de 280 antes de J. C. estudió la filosofía estóica en la escuela de Cleanto en Atenas, y se distinguió en ella por sus sutilezas sofísticas y sus cavilidades escolásticas. Esta tendencia de su espíritu le hizo exagerar las doctrinas del estoicismo, y darles, como dije en las notas á la sátira tercera del libro anterior, mas latitud de la que exigian la razon y el buen sentido. La escuela de Zenon se llamó *estóica* ó del *Pórtico*, porque el célebre filósofo esplicaba su doctrina bajo un *pórtico*, y á este se daba en griego el nombre de *stoa*. Los hombres que mas honraron su especie por la constancia, la impasibilidad y la fortaleza, salieron de aquella escuela, cuyo dogma cardinal era hacer dependientes de la razon todas las afecciones humanas. ¿Puede concebirse que se haya pretendido desacreditar este principio, y representar como vanos y orgullosos á los que seguian una doctrina celestial, que en cuanto es permitido comparar las cosas sagradas con las profanas, reprodujo despues en parte el Salvador del mundo, exigiendo de cada uno de sus discípulos la abnegacion de sí mismo? Para concluir esta nota añadiré que la espresion *Chrysipi porticus*, equivale á *escuela estóica de Crisippi*.

V. 46. *Excepto sapiente...* No se olvide esta escepcion, que quita á la idea de que todos los hombres son locos la exageracion de que podria ser tachada. Es inútil advertir que el *sábio* no es aqui el hombre que cultiva una ó mas ciencias, sino el que sujeta sus apetitos á su razon, el que sabe dominarse á sí mismo; asi como *loco* significa el que no sabe reprimir sus pasiones, el que se abandona á sus inclinaciones ó á sus hábitos viciosos.

V. 48. *Velut silvis...* La comparacion es exacta y magnífica.

V. 53. *Caudam trahat...* Es una metáfora, tomada de la costumbre que tenian los muchachos de prender alguna cosa en la espalda de aquellos de quienes querian hacer burla. Entre nosotros se conserva aun esta costumbre en el carnaval.

V. 45. *Nihilum metuenda...* Esta es una de las locuras mas comunes, y en que sin embargo apenas se repara. ¿Cuántos individuos no acibaran á cada instante su existencia con el ridículo temor de riesgos que no existen, y que á veces ni aun pueden existir! Los que adolecen de esta debilidad vergonzosa la santifican, segun los casos, con los nombres de *sensibilidad*, de *prevision*, ú otros semejantes. Esto es lo que Horacio llama en el verso ciento veinte y ocho *imponere cognata vocabula rebus*. El hombre no se contenta con ser débil, sino que su orgullo pretende convertir aquella misma debilidad en virtud. Y ¿se querria que no se hablase de esta clase de locura, porque muy frecuentemente se halla en esposas tiernas, en madres amorosas, y aun en hombres que tienen fama de sabios y circunspectos? *O cæcas hominum mentes!*

V. 60. *Fusius...* Otros *Fufius*. Este *Fusio* ó *Fufio* era un cómico, que representando un dia que estaba borracho, la *Ilione*, tragedia de Accio ó de Pacuvio, y haciendo el papel de la reina hija de Priamo, se durmió de veras en una escena en que aquella princesa debia aparecer en el teatro como dormida. Otro cómico, llamado Catieno, hacia en la misma pieza el papel de Polidoro, el cual llamaba á su madre en estos términos:

Mater, te appello, tu quæ somno curam etc.

Como *Fusio* estaba realmente dormido, no oyó á Catieno, ni por consiguiente respondió *Ilione* á los gritos de Polidoro; y notándose esto en el patio, empezaron todos los espectadores á repetir á grandes gritos el *mater, te appello (madre, socorro)* con que empezaban los versos que pronunciaba Catieno. Ciceron nos ha conservado el pasage de la *Ilione* á que alude aqui Horacio.

V. 61. *Ilionam edormit...* *Elegantem*, dice Torrencio, *dixit Ilionam edormire, pro dormientem imitari, ut*

saltari Glaucum, movere Cyclopa, et similia. Por lo demas, Ilione, hija mayor de Priamo, casada con Polimnestor, rey del Quersoneso de Tracia, recibió secretamente en su palacio á su hermano menor Polidoro, quien su padre Priamo queria alejar de los horrores que amenazaban á Troya. Instigado Polimnestor por los griegos mató á Polidoro, y se apoderó de los tesoros de Priamo, que este habia hecho depositar en casa de la reina su hija, al mismo tiempo que le habia enviado á Polidoro. Las tradiciones antiguas varían mucho sobre las circunstancias de esta historia, de la cual sacó su argumento el autor latino de la tragedia intitulada *Ilione*.

V. 62. *Mater, te appello...* Ya he dicho que el poeta ponía en boca de Polidoro estas palabras. Muchos comentadores estrañaron que el jóven hijo de Priamo, que las dirigía á su hermana, diese á esta el nombre de madre; pero acaso Polidoro miraba como tal á Ilione, si como dicen algunos autores, hizo esta creer á Polimnestor que aquel niño era uno que el rey del Quersoneso habia tenido en su primera muger, y que el bárbaro padre habia hecho asesinar, creyendo que era Polidoro. Aunque esto no fuese así, no habria dificultad en concebir que Polidoro, que habia pasado muy niño bajo la tutela de su hermana, la mirase como madre, y la diese este nombre.

Huic ego vulgum. La construccion es: *ego docebo cunctum vulgum insanire errorem huic errori similem.* Algun comentador observó que el poeta dice *insanire errorem*, como se dice, *furere furorem, dolere dolorem etc.*

V. 69. *Scribe decem á Nerio...* Yo he hablado muchas veces de las maneras elípticas y de la fatigante concision de Horacio en sus sátiras; y este pasage es uno de aquellos en que mas campea esta, que quizá se llamaria gracia ó mérito en Roma; pero que cuando la razon ha hecho los progresos que en el dia, no se puede llamar sino falta de exactitud y de precision. Para que esta no se advierta en castellano, es menester añadir muchas palabras que se suprimen en las frases del original, y aun frases enteras que debian enlazar las ideas,

y quitar á las transiciones su sequedad y su incoherencia. Horacio va á probar que no es mas loco el que gasta en antiguallas cuanto dinero puede juntar, que el que viendo al anticuario derrochar tan neciamente lo que recoge, y sabiendo que no tiene para pagar, le fia ó le presta. «Si te lo diera, dice, harías muy mal en no tomarlo; y el loco, si habia alguno, seria ciertamente el que te diese el dinero para que lo disipases: pero supongamos que te lo presta, que te hace firmar una obligacion, que asegura el contrato con cuantas fórmulas pudo inventar la astucia del escribano: ¿de qué le servirá todo eso, cuando apenas tome el dinero, le irá el deudor á malgastar, como lo hace con todo el que reune, y luego no tendrá un maravedí con qué pagar?» Esto en cuanto á la idea. En cuanto á la espresion, conviene observar con Mr. Dacier, que los especuladores de Roma tenían por lo comun su dinero en las casas de los banqueros, en cuyos libros ponian los deudores su recibo, que se tachaba al tiempo de pagar: al acto de firmar este documento se llamaba *scribere*, al de tacharlo *rescribere*. Horacio introduce aqui pues al que presta el dinero á Damasipo, ó al que le vende sus estatuas al fiado, el cual le dicta la obligacion que ha de dejar en casa del banquero, diciéndole: «escribe que has recibido de Nerio diez mil sestercios.» Estertinio dice luego al acreedor: «no te contentes con esto, llévale á casa de Cicuta; remacha alli bien la obligacion etc.» Hay pues cuatro individuos que intervienen en la operacion; Perilio que presta, Damasipo que toma prestado, Nerio el banquero que tiene el dinero de Perilio, y en cuyo libro firma el recibo el tomador, y en fin el escribano Cicuta que hace una escritura terrible. Añádase á estos individuos Estertinio, en cuya boca pone el poeta la observacion dirigida al prestamista, de que no es suficiente el recibo inserto en el libro de Nerio. ¿No valdria mas ciertamente que Horacio nos hubiese ahorrado el trabajo de estas aclaraciones, y que se esplicase en términos de no hacerlas necesarias?

Cicuta... Era el nombre de un célebre escribano, que

sabia muy bien todas las marañas del oficio, y que hacia unas escrituras, á las cuales no habia por donde hincarles el diente; y esto es lo que significa en el verso setenta el adjetivo *nodosus* (que tiene muchos nudos).

V. 70. *Tabulas, centum...* Varios editores é intérpretes observaron con razon que *centum* no se refiere á *tabulas*, sino á *catenas*. Un escribano que no hubiese hecho mas de cien escrituras, debería ser muy bisoño, y saber mucho menos de lo que se supone que sabia Cicuta.

V. 71. *Effugiet tamen...* *Proteo* era segun la mitologia un dios mariuo, que se trasformaba en todo cuanto queria, por libertarse de las importunidades de aquellos que iban á valerse de sus conocimientos para averiguar algunas cosas ocultas. A nadie mejor que á un dios semejante podian ser comparados los deudores, que por lo comun no hay género de subterfugio que no empleen, cuando no pueden pagar, para sustraerse á las obligaciones que contrajeron. No dejaré de observar que la fábula de *Proteo* ha sido mirada como una alegoría ingeniosísima de lo que pasa en el alma racional. Esta, como una porcion de la esencia divina, podria conocer lo venidero, si no la dominasen las pasiones que la hacen tomar mil formas diferentes, y es menester atarla con las cadenas de la virtud y de la razon, para que vuelva á su primer estado.

V. 72. *Malis ridentem alienis...* Literalmente riendo con quijadas ajenas, es decir, sin miramiento, como se hace muy frecuentemente cuando se usa de las cosas de otro. Esto ya se ve que equivale á la espresion de *á carcajadas, á todo reir*.

V. 75. *Perilli dictantis...* Este Perilo ó Perilio era el acreedor, el cual dictaba la fórmula del recibo; *scribe decem á Nerio*.

V. 77. *Togam jubeo componere...* Las togas de los romanos eran, como he dicho en otras ocasiones, muy largas y muy incómodas. Cuando se debía estar con atencion en cualquiera reunion importante, se recogian, en disposicion de no estar siempre distraendo ya al orador, ya á los oyentes.

V. 78. *Aut alio mentis morbo calet...* Obsérvese con qué habilidad estan aqui nombrados los viciosos á quienes se cita á la audiencia. El epíteto *mala*, aplicado á la ambicion; el *tristis* aplicado á la supersticion; el verbo *pallet* empleado para designar la fisonomia de los avaros; las demas pasiones ó vicios calificados justísimamente de *morbi mentis*, todo esto forma un cuadro muy hermoso. Quanto dice [despues el filósofo Estertinio es lo mas exacto, lo mas racional, lo mejor en fin que podia decir el hombre de mas juicio.

V. 83. *Anticyram...* Isla del golfo de Corinto, á seis leguas de Delfos. Allí se criaba gran cantidad de eléboro, remedio que se reputaba como heróico contra la melancolía y contra la locura. Hubo varias ciudades del mismo nombre: en una que estaba cercana á la isla de que acabo de hablar, era donde mejor se preparaba aquella yerba, y de allí parece que se llevaba á Roma.

V. 84. *Hæredes Staberi...* Este Estaberio fue un miserable, que despues de haber sido loco durante su vida, maltratando su cuerpo por juntar un gran caudal, quiso serlo tambien despues de su muerte, mandando que sus herederos gastasen en locas profusiones el dinero [que él les dejaba, á no conformarse con una cláusula de su testamento, en virtud de la cual debian dichos herederos esculpir sobre la losa de su tumba la cantidad que les dejaba el difunto. Esta cláusula arguia otra especie de locura póstuma, (si es permitido espresarse así), pues aquel desdichado, que no vivió sino para ser objeto de la befa ó de la compasion de sus contemporáneos, bajó al sepulcro, atormentado del deseo de que la posteridad se ocupase de su nombre.

V. 86. *Arbitrio Arri...* Parece que este individuo desconocido tenia mucha habilidad para dirigir festines suntuosos, y que no era hombre que economizaba el gasto.

V. 87. *Sive ego pravè...* Aqui es Estaberio quien habla. Estos personajes que introduce Horacio en sus sátiras, ademas de los actores ordinarios, hacen que sea necesaria una atencion suma para no equivocarse en su inteligencia.

V. 88. *Ne sis patruus...* Yo he dicho en las notas á la oda doce del libro tercero que la voz de *tio* era entre los romanos sinónima de regañón. El *ne sis patruus mihi*, equivale á *no me lo riñas*, *no me lo censures*.

V. 89. *Prudentem animum vidisse...* Dacier supuso, comentando este pasage, que en este punto del discurso interrumpia Damasipo á Estertinio. En efecto, á aquel pródigo y disipador debia incomodarle que este alabase de prudente á Estaberio por hacer una disposicion testamentaria tan ridícula, y en tal estado nada era mas natural que atajarle la palabra. De esta manera queda pendiente el sentido de la frase de Estertinio, y continúa así hasta el verso noventa y ocho, en que vuelve á tomar el hilo diciendo: *hoc veluti virtute paratum etc.* Por lo demas, la calificación de *prudente*, dada por Estertinio á la accion de Estaberio, debe necesariamente suponerse irónica.

V. 100. *Græcus Aristippus...* Este filósofo, gefe de la secta cirenaica, era, segun unos, de la isla de Tera, una de las Cicladas, que fue poblada por una colonia griega, y segun otros, de Cirene en la Libia, ciudad fundada por una colonia de Tera, y por eso el poeta le llama griego. *Aristipo* profesaba una moral tan indulgente, que comparada con ella la de Epicuro, podia pasar por rigorosa. Estertinio exagera aqui el desinterés que mostró *Aristipo*; pues este no mandó á sus esclavos tirar el dinero que llevaban, y solo permitió al único esclavo que conducia sus riquezas, dejar aquella parte de carga que sobrepujaba á sus fuerzas; accion tan noble y virtuosa, como loca habria sido la de arrojar todo el dinero. Estertinio, esplicándose así en orden á la conducta de *Aristipo*, seguia una de las diferentes tradiciones que habia sobre este hecho, que como otros muchos de los acaecidos en los tiempos antiguos, se referia de mil maneras.

V. 103. *Nil agit exemplum...* Un avaro se justificaria mal con el ejemplo de *Aristipo*, pues tanto por su parte como por la del pródigo citado, habria un escuso igualmente inescusable. Estertinio quiere pues decir en su respuesta que no es posible decidir cuál de los dos extremos es mas vicioso; porque pretender juzgar del uno

por el otro, seria querer decidir una cuestion suscitando otra.

V. 105. *Nec Musæ deditus ulli...* Es decir, como observó el padre Sanadon, *nulli Musices parti deditus*, pues los latinos se servian indiferentemente de *Musa* y de *Música* para espresar la música y la poesía.

V. 108. *Qui discrepat istis...* Tal es la leccion de todos los manuseritos, y de las ediciones de Venecia y de Loscher. *Quid* se lee en casi todas las ediciones posteriores.

V. 117. *Unde octoginta...* Es decir, uno quitado de ochenta, setenta y nueve; como *undecentum*, noventa y nueve, *undeviginti*, diez y nueve etc.

V. 118. *Stragula vestis...* *Stramentum* y *stragulum* vienen del verbo *sterno*; pero el uso estableció la diferencia de que la primera de estas palabras significa la paja sobre que se duerme, y la segunda todo lo que se estiende sobre una cama, ya para echarse encima, ya para cubrirse con ello.

V. 126. *Porrigini...* Es propiamente la caspa de la cabeza.

V. 129. *Servosque tuos...* Otros *servosve tuos*, y otros *servosve, tuo*. Esta última variante, aunque oportuna, es arbitraria.

V. 131. *Cum laqueo uxorem...* Unos intérpretes quieren que se aluda aquí á sujetos conocidos, que por avaricia asesinaron á su madre ó á su esposa, y otros observan que el filósofo examina ó considera todas las fases de la avaricia, que desde el anhelo sórdido y mezquino de ahorrar, se estiende hasta el asesinato, corriendo la escala del perjurio, del robo etc.

V. 132. *Neque tu hoc facis Argis...* ¡Lindísima escusa! ¿Era por ventura menos delincuente el asesino, porque el asesinato se hiciese en Roma ó en Argos? Pero ¿no se pretende muy á menudo justificar con escusas igualmente ridículas las mas calificadas extravagancias?

V. 133. *Orestes...* *Orestes* era todavía niño, cuando su madre Clitemnestra asesinó á su padre Agamenon, ayudada por Egisto, con quien ella habia manchado el